

posee algunos muy agradables, en donde viven algunas personas acomodadas, empleados y comerciantes que de día están en la ciudad para atender á sus negocios y en la tarde se retiran á sus quintas ó casas.

Uno de los alrededores mas bonitos es Marianao, que está lleno de casas de campo, huertas y jardines; despues sigue Jesus del Monte, Regla, etc.; esta poblacion es la ménos bella, y si se quiere, mas bien es un poco melancólica. Para ir á ella, ya dije antes que corren á mañana y tarde unos vaporcitos chatos que llaman palacios, iguales á los de Nueva York, Rio Janeiro, etc., en los que se pasa al otro lado de la bahía en donde está situado Regla.

Una cosa me chocó altamente en esos vapores, y fué ver dos compartimientos distintos con sus rótulos; uno de ellos para la gente blanca y el otro para la de color.

No ya socialmente, decia yo indignado entre mí, sino hasta en los vehiculos y vapores de tránsito, ha de haber

esa odiosa diferencia entre dos criaturas de Dios, una porque nació blanca y su clima la favoreció con este color, y otra porque vió la primera luz en las ardientes arenas del Africa y los rayos de un sol abrasador tostó su cutis; pero tambien ésta posee una inteligencia y algunas veces mas virtudes que muchos blancos que merecerian mas bien haber nacido negros ó fieras irracionales.

Es incalculable el inmenso beneficio que la raza africana ha reportado en los Estados Unidos, con la abolicion de la esclavitud, y Lincoln merece los honores de la epopeya por haberla decretado.

De entónces acá, esa raza infeliz ha entrado al rango de ciudadana, tiene voto en las elecciones y participa de los derechos de los demás ciudadanos de la Union americana.

Se me dirá que socialmente no ha entrado aún de una manera completa en la comunión de las demás razas y no alterna en ciertas reuniones particulares: es cierto; pero en estos últimos dias se ven ya algunos individuos de color

que por su mérito individual son tolerados en algunos clubs ó sociedades científicas é industriales.

En la primera época de la abolición, estaban los negros con la frente baja todavía y no se admitían en algunos restaurants ni ménos en los wagones ó tranvías que corren en las calles de las ciudades; pero la autoridad puso mano en esto, haciendo valer los efectos de la abolición y garantizando los derechos de aquellos, por lo que hoy son admitidos en todos los sitios públicos, y muchas veces se ve en los wagones sentada á una jóven *lady* junto de una negra, sin dárseles una nada á una ni á otra.

Tanto en Nueva York como en San Francisco California, se ve rivalizando el lujo de los negros con el de la familia mas encopetada de la alta sociedad americana; así como muchos de esos individuos tomando parte en especulaciones en grande escala, y, finalmente, entrando de lleno en la vía de la civilización.

¿Por qué, pues, la Habana no hace otro tanto que los Estados Unidos?

Los partidarios de la esclavitud en esa isla dicen, que aboliendo ésta, no hay quien trabaje en los campos que están situados bajo los rayos de un sol tropical en la zona tórrida, y que libertados los negros, se sublevarian contra la raza blanca y la exterminarian.

Yo supongo que estas razones son fútiles y son las mismas que alegaban los partidarios de la esclavitud en Norte-América; pero la práctica ha venido á destruir aquella hipótesis y vemos que los Estados Unidos producen tantos tabacos, algodones y demás efectos tropicales, como ántes y aún mas; yo he presenciado, María, la gran exportacion que se hace de todos esos artículos á algunas de las repúblicas del Sur, á Inglaterra y á otros países.

La sublevacion de la raza africana en Cuba, no seria practicable, comunicando los españoles á esa algunos elementos de civilización, y sobre todo, franquicias que vinieran á neutralizar aque-

lla intentona: hoy esa pobre raza sufre la humillacion y los malos tratamientos de sus amos; se la priva hasta de manifestar los sentimientos que abrigan los séres en la humanidad y se la mira mas abajo que á los irracionales, disfrutando un perro ó un caballo acaso de mas consideraciones que esos pobres séres, sólo porque nacieron negros.

El gobierno español ha decretado muy á medias la abolicion de la esclavitud en la isla de Cuba, disponiendo: "que los negros que nacieran de la época que se daba la ley en adelante, serían libres." Esto fué hará unos diez años. ¿Qué harán los infelices que habian nacido poco ántes y que tienen que vivir aún sesenta ó setenta años?

Nada, eevorar su esclavitud y comparar su desgracia con la dicha de los que vinieron despues.

En la pasada guerra de Cuba, vieron los españoles los efectos de la esclavitud y los negros encontraron en aquella, una oportunidad de sacudir ésta para recobrar su libertad?

¿No piensan, por ventura, que pudiera haber otra revolucion como la pasada, ó tal vez mas sangrienta, en que sus colonos negros realizaran venganzas acaso mas ruidosas que las que temen en la actualidad?

En fin, dejemos esta materia, que entrará por uno de los oídos de los propietarios de esclavos y les saldrá por el otro; la libertad del mundo será un hecho poco mas adelante, segun la profecía de Lamartine, y entónces se verá si tienen razon de ser las argucias de los tiranos,

Como cuando salí á mi viaje por las repúblicas de Sud-América permanecí mas de un mes en la Habana y fué en la época del carnaval, tuve ocasion de gozar de su solemnidad y de conocer la manera de verificarlo.

El carnaval en Roma y en Buenos Aires, es ménos bello para mí que el de la Habana, porque en esas ciudades hay esos toscos juegos de agua y de harina que pueden causar mal á las personas que entran en ellos; miéntas

que en la última de estas ciudades es mas decente, y si se quiere mas vistoso por los bellisimos trajes de las comparsas y los no ménos lujosos de las señoras, que en cerca de dos mil carruajes abiertos ostentan en el paseo de la Reina los tres dias que dura la fiesta del carnaval.

El domingo, desde á las dos de la tarde, comienzan á asomar por las diferentes avenidas de la glorieta principal, frente al Teatro de Tacon, carruajes particulares en el que van muellemente reclinadas las hermosas hijas de la perla de las Antillas con esa indolencia que les inspira su clima tropical; carros vestidos de gasa ó de otros géneros de colores, llevando diez ó doce mascaristas vestidos lujosamente, figurando reyes, guerreros, amazonas y otra multitud de personajes de la antigüedad: cada uno va representando su papel característico, armando todos una algaravía infernal y dirigiendo retruécanos y puyas á muchos individuos que hallan al paso.

Entre la multitud de carros, carruajes y caballos, véense algunos de los segundos tirados por dos y hasta por tres troncos de caballos ó de jacas y éste es un lujo en el carnaval.

á las cuatro y media de la tarde, el paseo en toda su extension y todas sus avenidas, están literalmente colmadas de gente, y se ven á los bordes de él por uno y otro lado, tres y hasta cuatro filas de sillas de alquiler en donde se sientan las familias para gozar la vista de la concurrencia abigarrada de cien mil colores, entre particulares y máscaras, que forman la mascarada del carnaval.

Cuando se ha oscurecido totalmente, la luz del gas viene á reemplazar el lugar de la del Sol, y entónces el conjunto de aquella babilonia de máscaras y paseantes que van y vienen en filas informes de caballos, carros y carruajes, como una linterna mágica, adquiere un efecto fantástico por los efluvios de luz que brotan de las joyas de las señoras y de los trajes bordados de oro de los

reyes, y no ménos que de los ardientes ojos de las beldades que se aduermen en el placer embriagante del carnaval.

Tres días dura éste, como en todas partes, y en cada noche, despues del paseo, hay magníficos bailes en algunas casa sparticulares y en los teatros.

El carnaval que se solemnizaba en México hace algunos años, como tú recordarás ó habrás oído decir, era muy parecido al de la Habana: el paseo era concurridísimo y de día y de noche brillaban los mas lindos vestidos en los máscaras, terminando cada noche con espléndidos bailes en el Teatro Nacional, en el de Iturbide y otros; pero no tan sólo se ceñian á festejar el carnaval tan ruidosamente, sino que en los domingos siguientes continuaban los bailes en los teatros, dando al del primer domingo el nombre de baile de Piñata; al del segundo, de la Vieja; al del tercero, de la Moza, y así otros que no recuerdo; habiendo acontecido algunos años que se dieran bailes hasta el domingo de Ramos.

Hoy ha enmudecido en Mexico el carnaval y ya no se escuchan sus ruidos alegres y estrepitosos y ménos se ven aquellos ricos y fantásticos trajes de los comparsas.

En los actuales carnavales, de noche, apenas ó se oye por alguna calle el tiple de un mascarita vergonzante, que perseguido por los muchachos, lo van acosando con las palabras de "¿a que no me conoces, mascarita?" y se dirige á algun bailecito de *gloria patri*, ó se disfraza sólo por disfrazarse.

¡Podo acaba entre nosotros y en todo se marca nuestro carácter voluble é inconstante.

En fin, amada amiga mia, he terminado con estas últimas palabras la cansada relacion de mis dos viajes por el país, los Estados Unidos, Europa y las Repúblicas del Sur.

Considero que te has de haber fastidiado algunas veces de su lectura, por estar enteramente desnuda de las galas literarias que suelen adornar esta clase de escritos, y por el poco órden que

he observado en la hilacion de los países que he visitado; pero tú recordarás que en mi introduccion dije: "que no escribia con el carácter de literato ni con la detencion con que se escriben unos viajes, desenterrando de los archivos y de las memorias de los países que visita el autor, el origen, la historia y antecedentes de ellos; sino que te dirigia mis cartas trasmitiéndote las impresiones de los objetos que iba encontrando en mi camino de una manera ligera; eso sí, con precision y verdad para que tú fueras mirando con la imaginacion lo que yo con la vista, procurando ser fiel en mis transmisiones;" si éstas no han podido ser tan exactas ni con el color con que se hace una descripcion palpitante de vida, la culpa no es mia, sino de mi poca capacidad, y mas bien, al escribir, sólo he obedecido al deseo que manifestaste "de que te trasladara por cartas las impresiones de mi viaje artístico."

He cumplido, y solamente te ruego, antes de concluir, perdones mi desatención

y que no hubiera llenado completamente tus deseos.

Como ya me he acostumbrado á esta vida errante que llevo desde hace algunos años, no será difícil que, como don Quijote, haga una tercera salida y me vaya tan mal como á este caballero, siendo víctima de aventuras desgraciadas con endriagos y otros follones que me encontré en mi camino.

En fin, verémos lo que Dios dispone; por ahora voy surcando ya las aguas del Golfo de México, á donde volveré á experimentar mañana, por segunda vez, las dulces emociones de la llegada á la patria.

Entre tanto, consérvate feliz, María; muy pronto nos verémos en la capital para tener el gusto de que te abrace tu respetuoso y atento amigo

FELIPE S. GUTIERREZ.